

## LA DIFUSIÓN DE LA HISTORIA EN MÉXICO: LA IDENTIDAD IMAGINARIA\*

*Boris Berenzon Gorn*

Instituto de Investigaciones Antropológicas - UNAM

*a María Luisa*

El título de este trabajo pareciera confundir los propósitos del mismo, cuando está justamente centrado en el análisis del proceso de construcción de *la divulgación histórica en México*. Como todas las cosas, tal decisión tiene más de una motivación. Por un lado, responde a que dicho enunciado ha aparecido reiteradamente en distintas prácticas discursivas registradas bajo situaciones diversas, sin que —como se verá— deba presuponerse que está encuadrada necesariamente en la negación total de la historia. Por otro lado, nos introduce cabalmente en el complejo campo conceptual de la identidad, el cual, lejos de ser excluyentemente pensable como el del discurso de la semejanza o como el discurso de la diferencia con América Latina, es un campo donde mismidad y otredad se conjugan, donde se manifiesta como tensión la desagregación de los agregados. Así, la frase elegida ejemplifica una de las maneras en que se encara dicha tensión, pues el tema de estudio presenta a una sociedad nacional cuya agregación pone de manifiesto a los actores mismos: los historiadores.

La realidad histórica mexicana es parte de la latinoamericana y ambas se incorporan en un mismo discurso histórico. El presen-

\* Este ensayo se origina a partir del trabajo que Boris Berenzon presentó como tesis de licenciatura en Historia, en diciembre de 1992.

te trabajo aborda el proceso de construcción de la difusión histórica en México, a partir del análisis de la forma en la que se ha insertado en la tarea cotidiana del historiador.

Empecemos por lo que parecen ser realidades objetivas para luego fundamentar la elección de nuestra perspectiva analítica. Parece una verdad de Perogrullo, y tal vez lo sea, decir que el conocimiento histórico se construye esencialmente para ser difundido. Empero, la afirmación, aunque enteramente cierta, merece ser revisada a la luz de un acercamiento que vaya desde la propia enunciación y clarificación de los conceptos utilizados, hasta la revisión de los porqués y cómo de la difusión de la historia. A eso está dedicado este trabajo, el cual consideramos apenas una primera aproximación.

La difusión de la historia carece de una posición teórica que defina al concepto por completo. Por tal razón, hemos decidido partir de una amplia definición de lo que entenderemos por difusión de la historia. Así, iremos de una propuesta general que incluya ambos términos —difusión e historia—, a una particular que se ajuste a este trabajo.

La definición de historia que hace H. I. Marrou en su libro *El conocimiento histórico*, subraya lo siguiente: "La historia es el conocimiento del pasado humano."<sup>1</sup> Así pues, a continuación trataremos de explicar la anterior definición para después aplicarla al concepto que utilizaremos como la difusión del conocimiento histórico del pasado.<sup>2</sup>

El conocimiento del pasado humano debe entenderse como la acción o efecto de conocer el pasado, en donde lo que resulta verdaderamente trascendental de la investigación o estudio de la historia es el resultado conseguido: la explicación del historiador. El problema con que se tropieza el historiador es el de establecer de qué se está hablando, pues ya no sólo está obligado a explicar el documento sino a entenderlo, transcribirlo y mostrarlo —entendemos por documento principal o fuente al instrumento y otros elementos o datos como los que utiliza la llamada historia oral, las

<sup>1</sup> H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*, p. 27.

<sup>2</sup> Marrou hace un recuento del significado que se le puede dar al conocimiento histórico como principal referencia del oficio del historiador. También puede verse esta idea en el libro de Pierre Vilar, *Iniciación*...

obras de arte, las fotografías, el cine, etcétera, y nos referimos a todas ellas como documento—. En este proceso el historiador no es un agente extraño al propio hecho que está presentando, se trate de un acontecimiento que el presenció o de uno alejado en el tiempo. Arthur Danto destierra la distinción entre crónica e interpretación, puesto que suponía a la primera como una tarea más humilde; él afirma que la historia es sólo una "en el sentido de que no existe nada que uno pueda denominar una descripción pura, contrastándola con algo diferente que se denomine interpretación",<sup>3</sup> queda claro entonces que la pretensión de concebir a la historia como la imitación o duplicación del pasado resulta un ideal imposible, cuando no cándido.

Siguiendo el pensamiento de Danto, encontramos que el problema de la acción del historiador sobre la representación del hecho estudiado rebasa su propia intencionalidad. Es decir, el historiador puede genuinamente apartarse del hecho que esté refiriendo y presentarlo *limpio* de su influencia; sin embargo, el que hacer histórico no es una tarea que se sustraiga del hecho en sí. El historiador no elabora reflexiones impersonales, pues su tarea es subjetiva. El historiador está inmerso en un marco en el cual se autorrepresenta, y en tanto, se determina de acuerdo a qué documento muestra, cómo lo hace, para qué, a quién y cuándo; no es espectador del proceso de construcción del conocimiento del pasado sino un participante activo.

En este sentido, la aproximación al pasado en la que se empeña el estudioso deberá motivarse en la averiguación, mediante fuentes, de la naturaleza, cualidades y relaciones de los hechos pasados. De tal suerte que, bajo esta visión, el conocimiento adquiere un carácter dinámico al insertarse como generador de verdades parciales, antes que como supuesto convalidador de una Verdad única e inmutable. En palabras de Juan Ortega y Medina, lo anterior se expresa así: "La Verdad (con mayúscula) es la cristalización de verdades particulares surgidas de la experiencia humana a través de la historia. . . Las verdades. . . existen en un momento histórico determinado". El propio Ortega y Medina al destacar esta cualidad de la historia, refiere más adelante: "Verdadera no será aquella doctrina que las generaciones futuras repitan al pie de la

<sup>3</sup> C. Arthur Danto, *Historia y narración*, p. 58.

letra, sino aquella otra que no podrán dejar de tomar en cuenta para descubrir nuevas verdades. En suma, la verdad tendrá que ir integrándose a lo largo de la historia, porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y expansión. Ninguna doctrina particular puede ser definitiva porque no es definitivo ninguno de los momentos del proceso de desenvolvimiento de la realidad total".<sup>4</sup> Carecería de sentido, pues, plantear al quehacer histórico como articulador de una Verdad total y definitiva. Es en cambio altamente enriquecedor pensar la historia como una tarea siempre inacabada y, por lo tanto, a la espera de ser realizada. Sería falsear la naturaleza de la investigación histórica, sugerir esencias inmutables, cuando lo que le da sentido es su capacidad para desarrollarse dentro de un campo en constante ensanchamiento. Esto no quiere decir, por supuesto, que pretendamos negar la existencia de verdades históricas. Más bien, lo que sugiere es que éstas son cambiantes y están en íntima relación con dos variables que se modifican según el espacio y tiempo social en el que se presenten: la utilización de las fuentes y la interpretación que el investigador, en tanto actor social, hace de ellas.

Desde esta perspectiva, la historia debe ser el resultado del esfuerzo más riguroso y sistemático del estudio del pasado; pero, al mismo tiempo, como se puede observar, hemos elegido una concepción de la historia que rehúye ser una definición estrecha, y que por el contrario, nos permite plantear la historia dentro de los cánones que fueron abiertos a la sazón de un reflujo de la teoría de la historia después de las pugnas que promovieron el historicismo, el marxismo y el positivismo, y que derivaron en útiles experiencias de enriquecimiento al trabajo del historiador. En este sentido es que Marrou<sup>5</sup> permite, con su propuesta, liberar a la historia de varias camisas de fuerza que han limitado en muchos casos su desarrollo y el surgimiento de nuevas formas para estructurar el estudio del pasado.

Ahora bien, de ninguna manera se pretende aquí insinuar siquiera que haya que plantear al conocimiento histórico como el entendimiento vulgar de la experiencia cotidiana; por el contrario,

<sup>4</sup> Juan Ortega y Medina, "La verdad y las verdades en la historia", en *El historiador*. . . pp. 40-41.

<sup>5</sup> Marrou, *op. cit.*, p. 67.

se trata de un conocimiento elaborado en función de un método sistemático y riguroso, mismo que se ha revelado como representante óptimo de cierta verdad histórica.

Respecto a lo que debemos entender por pasado humano, es necesario precisar que, aun cuando se trate de la historia enteramente contemporánea, definimos el quehacer histórico como aquel que se basa en hechos del pasado, incluyendo el comportamiento susceptible de comprensión directa, de captación interior, acciones, pensamientos, sentimientos, así como todas las obras del hombre, las creaciones materiales o espirituales de sus sociedades y civilizaciones; efectos a través de los cuales podemos llegar hasta su realizador. En una palabra, se trata de una aproximación al pasado del hombre.<sup>6</sup> La utilidad práctica de esta definición es la de resumir en una breve fórmula el aporte de las discusiones del concepto de lo histórico como tal, con el ánimo de plantear una base sencilla que nos lleve a la difusión de la historia, a la vez que nos resguarde del riesgo de perdernos en sinuosos laberintos etimológicos.

Por lo que toca a la definición de difundir, su origen se encuentra en la raíz latina *fundere* y significa propagar o esparcir.<sup>7</sup> Difusión es, entonces, en un sentido moderno, la forma o acción didáctica de transmitir el conocimiento, visto como el proceso de instruir o adquirir conocimientos bajo un sistema y un método establecido que da instrucción o educación.

Si unimos ambas definiciones —historia y difusión—, llegamos al objeto de esta parte del trabajo. La difusión de la historia es el proceso del conocimiento del pasado que se somete primero a las reglas de toda investigación histórica, es decir, que ha sido elaborada desde una o varias posiciones teóricas y que concluye en una interpretación del pasado; la otra característica es que cumple con un procedimiento sistemático para transmitir lo que podríamos llamar la misión social del historiador, es decir, el proceso de transmisión del conocimiento histórico; aunque no siempre la transmisión del conocimiento sea difusión porque no propone elementos didácticos suficientes para explicar la historia.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>7</sup> Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico...*, p. 285.

## LA DIFUSIÓN DE LA HISTORIA Y LA EXPERIENCIA FORMATIVA

La difusión de la historia se alimenta, principalmente, de los nutrientes de la práctica docente. Es ésta el vehículo natural para la trasmisión del conocimiento sobre el pasado humano. Huelga decir que el docente al colocar la historia al acceso del estudiante, es susceptible de reelaborar ese conocimiento de acuerdo a los métodos didácticos empleados o bien de acuerdo al énfasis sobre algún aspecto del hecho estudiado en menoscabo de la importancia de otros. La educación formal, es decir la que se recibe en las aulas, y especialmente la que se imparte a nivel elemental, se vuelve así un espacio en donde se imbrican dos procesos simultáneos: por una parte se reproduce una particular representación de un hecho histórico, y por la otra el educando, al entrar en contacto con el conocimiento, podrá, hipotéticamente al menos, otorgarle un sentido particular, individual y socialmente determinado. En medio, como articulador de este proceso, se encuentra la práctica docente.

Mas no sólo debe destacarse el papel jugado por los maestros. Habrá que tomar en cuenta un instrumento que enriquece con su intervención, al tiempo que tiende a limitar la posibilidad de que el maestro cargue la trasmisión de la historia con demasiadas *observaciones personales*. Por supuesto que nos referimos al libro de texto gratuito y obligatorio que edita y distribuye el Estado.

No es asunto de este trabajo profundizar sobre la historia, proyección y análisis de los libros de texto. Apuntaremos solamente algunas consideraciones que surgen en el marco general de este ensayo. En 1960, el presidente de la República instruye a su secretario de educación pública para que presente lo que será conocido como el "Plan de Once años", el cual contemplaba la utilización de libros de texto editados y distribuidos por el Estado para todos los niños que cursaban la primaria en el país. Desde entonces, la SEP se encarga no sólo de elaborar los programas de estudio del nivel primario sino que además aporta el instrumento fundamental del docente. Estos libros han servido de marco a una serie de disputas entre distintos sectores de la sociedad y el gobierno.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> El más reciente de ellos tuvo lugar en 1992 a propósito de unos nuevos libros de texto de historia para cuarto, quinto y sexto de primaria. Esta polémica

Los libros de texto gratuitos han sido, sin duda, un instrumento fundamental para determinar tanto la forma de difundir la historia, como la visión que de la historia misma se forja de generación en generación. Son mucho más que materiales didácticos cualesquiera, la dimensión de su influencia se refiere a la vez tanto a su forma como a su contenido. Son, a un solo compás, ejemplo de una manera de propagar el conocimiento del pasado, y muestra de lo que el Estado recupera y privilegia de ese pasado humano. Sin embargo, queda un espacio fértil en donde podemos encontrar que aun bajo esta circunstancia, los libros de texto gratuitos, en las condiciones en que han sido elaborados, suponen el programa más amplio y de mayor dimensión cualitativa que existe en nuestro país para difundir el pasado.

Es de destacar el trabajo de Josefina Zoraida Vázquez, Eduardo Blanquel y Jorge Alberto Marique, entre otros, en este sentido. Es de igual modo sensato apartarse de las diatribas conservadoras y proeclesiásticas que quisieran ver desaparecer los textos gratuitos. Dicho lo anterior, apelemos al juicio de Roger Chartier aplicándolo al asunto que nos ocupa; dice el autor francés: "Las obras . . . no tienen un sentido estable, universal, fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que les da su estructura y las competencias y expectativas del público que se adueña de ellas. Ciertamente, los creadores, o las autoridades, los 'clérigos', aspiran siempre a fijar el sentido y articular la interpretación correcta . . . Pero siempre, también, la recepción inventa, desplaza, distorsiona".<sup>9</sup>

Lorenza Villalever señala la idea que se tiene en estos libros, por ejemplo, de la patria: "la representación que se hace de la patria es la que se hace de una mujer o mejor dicho, la de una madre generosa, dulce, protectora, la prodigalidad de la patria exige a cambio el cumplimiento del deber, el sacrificio del trabajo. . . la patria se halla extremadamente vinculada con los sentimientos, con la emotividad, donde no hay lugar para el razonamiento lógico

---

tuvo una característica particular por el hecho de que por primera vez las imputaciones a los textos no provinieron de los sectores más conservadores de la sociedad.

<sup>9</sup> Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. XI.

y la crítica... Así, mediante el tema de la patria los libros nos ofrecen la representación de una perspectiva funcionalista".

Villalever también señala: "Esto es muy importante, pues contribuyen a explicar la no representación del conflicto social: la definición de la sociedad como si fuera una máquina; permite hablar de problemas aislados que no cuestionan las estructuras sociales. De ese modo, en el mejor de los casos, se hace referencia a los pequeños conflictos, que pueden ser resueltos fácilmente a través de la individualización de los problemas."<sup>10</sup>

Si aceptamos el análisis de Villalever, antes citado, observamos un modelo didáctico adecuado, donde el concepto carece de toda movilidad histórica. Se presenta a la patria como una Verdad (con mayúscula) inmutable e imperecedera, y no como un elemento que puede estimular el estudio del pasado mexicano. En otras palabras, la idea de patria que se divulga está desvinculada del proceso histórico mexicano. Se borran de un plumazo los desgarres que implicaron, para no ir más atrás, los tres siglos de la Colonia, la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana, y se exhibe una visión trasquilada esencialista y facciosa, bajo la cual el mexicano aparece como si su idea de patria estuviese, por toda la eternidad, suspendida en el tiempo.

El desafío respecto a los libros de texto está, por un lado, en encontrar los caminos que posibiliten elaborar un conocimiento que estimule la imaginación y la formulación de nuevas verdades. Parafraseando a Chartier, diremos que "no se trata pues de atribuir a estos textos el estatuto de documentos, supuestos reflejos adecuados de las realidades de su tiempo, sino de comprender cómo su potencia y su inteligibilidad mismas dependen de la manera en que ellos manejan, transforman, desplazan... (las) inquietudes de la sociedad donde surgieron."<sup>11</sup> Y por otro lado en que entre la proposición y la recepción se pueda generar una dinámica en la que, al calor de la incidencia de la sociedad civil, las comunidades incorporen el conocimiento histórico como un elemento vivo de la cultura propia. En buena medida, si esto se lograra, sería revertida la tendencia que plantea a la historia como un conocimiento accesorio, que, en la imaginería popular, sirve

<sup>10</sup> Lorenza Villalever, *Los libros de texto gratuitos*, p. 25.

<sup>11</sup> Chartier, *op. cit.*, p. XII.

únicamente o "para morir de hambre trabajando en una universidad o para ganar jugando trivia". Sin duda alguna, si las comunidades pudieran hacer de la asimilación y difusión de su pasado un elemento actuante en su presente, estaríamos presenciando la revaloración de la utilidad social del conocimiento histórico.

Hasta aquí hemos establecido que la primera relación entre difusión e historia se da en la educación básica.

Eslabón natural de la cadena del conocimiento histórico son las instituciones de educación superior quienes tendrán la tarea, no en exclusiva pero sí con marcada responsabilidad, de crear los esqueletos teóricos y analíticos que sostengan la plataforma educativa y cultural para enseñar la historia a un público amplio. Es decir, una teoría de la difusión de la historia. Andrea Sánchez Quintanar dedica su tesis de maestría a este tema. La catedrática de la UNAM señala la urgente necesidad de elaborar una sólida base teórica que permita divulgar la historia de manera que la función del historiador no se limite, no pueda limitarse, a la búsqueda del dato, la percepción de los fenómenos, la interpretación de los hechos, o la explicación de los procesos, según la posición teórica y metodológica que tenga cada quien. Lo cual supondría que la labor del historiador no es sólo la de investigación. El propósito que da sustento a toda investigación científica es el de entregarla a la sociedad para su aprovechamiento; es éste su punto de partida, una de sus bases y, por lo tanto, fundamento de su desarrollo.

A partir de que surjan nuevas teorías para transmitir el conocimiento del pasado, se podrán abrir las alternativas didácticas que cubran con nuevos métodos y criterios la enseñanza de la historia, para que se investigue a la luz de la divulgación, los textos referentes a procesos y ensayos difíciles. Éstas son las verificaciones preliminares. Las teorías de la historia o bien miran con recelo y hasta desprecio a la difusión dándola por supuesta, o bien, la ponen fuera de su camino con rudeza sin preocuparse mayormente por los escollos didácticos.

La profesionalización de la investigación y la docencia de la historia abarca, como época fundadora, la década de 1940 a 1950. Estos años vieron nacer importantes instituciones académicas que además de ampliar el número de historiadores formados ya bajo el rubro de la historia y no del derecho o la filosofía, acrecentaron el rigor de sus estudios. Así lo narra Enrique Florescano:

"... en el Instituto de Antropología e Historia Alfonso Caso diseñó y llevó a la práctica un programa ambicioso para formar arqueólogos, antropólogos e historiadores; con esas primeras generaciones realizó un registro amplio de las principales zonas arqueológicas y se precisaron las características de las diversas culturas mesoamericanas. En el Colegio de México, Silvio Zavala fundó el Centro de Estudios Históricos y sentó las bases para una revaloración de la historia colonial. . . (Su) manera de concebir y practicar la tarea del historiador creó un nuevo nivel de rigor y exactitud en la investigación histórica mexicana e hispanoamericana".<sup>12</sup>

No obstante la importancia creciente de distintos centros de investigación y docencia en el país, la Universidad Nacional conserva, a nuestro modo de ver, un lugar prominente. No sólo por la tradición que representa, sino por el número de historiadores que ha formado y forma, así como por la nutrida lista de espléndidos maestros que ha trabajado en ella, y por su propio carácter de universidad pública y nacional; la responsabilidad social de la UNAM es de primer orden. De ahí que hayamos elegido hacer una revisión de las condiciones bajo las cuales se forman hoy día los futuros historiadores en la UNAM.

El Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras fue, hasta las décadas pasadas, el principal centro para la formación de historiadores y la creación de los conceptos históricos; de ahí surgieron las respuestas a los apasionados cuestionamientos que sobre ser hace la sociedad al quehacer histórico.

Así, los planes de estudios de la carrera de licenciatura en historia han sido semillero mexicano de historiadores dedicados a la investigación, la docencia y, en escasos momentos, a su difusión. Sin embargo, el más reciente de ellos, el plan de estudios de 1974, fue rebasado por nuestro tiempo incierto en la aguda crisis que hoy viven las humanidades y las ciencias sociales al ser consideradas disciplinas obsoletas de poco rendimiento económico, en un mundo que se debate entre los postulados de eficiencia productiva y pragmatismo económico, dentro del marco de una guerra tecnológica y de mercados sin precedente.

<sup>12</sup> Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador*. . . p. 8.

En ese marco, vale preguntarnos ¿qué alternativas laborales presenta la carrera de historia al egresado? Las respuestas suelen ser aterradoras. Para quien, a pesar de las paupérrimas remuneraciones económicas, decide emprender el camino de la investigación, éste tiene más la apariencia de apostolado que de alternativa de vida decorosa. La crisis financiera de las universidades públicas sitúa a sus trabajadores manuales o intelectuales en la nada grata obligación de tener que tener por lo menos dos vías de ingreso. Por si esto no fuese poco, quien logra esquivar la tentación del *chambismo* tendrá que ir sorteando los obstáculos, desgaste y noviciado que le serán impuestos. Como si se tratara de una prueba de vocación, el *iniciado* deberá aprender a conocer los *intrínsecos* de su centro de investigación y a, literalmente, escurrirse por entre los filtros que investigadores con mayor antigüedad interponen. Eso sí, una vez adentro él mismo, tiempo después, habrá de aplicar las mismas *pruebas de fe* a algún otro novel aspirante a investigador.

Por lo que toca a la docencia, los espacios ciertamente son más amplios, pues hay la opción de acudir a la enseñanza media y media superior. Sin embargo, constantemente los egresados pauperizan su formación por la falta de un diálogo profundo en los niveles de enseñanza básica y la ausencia de una sólida educación continua. En la educación superior se sufren limitantes similares a los que se señalaban para la investigación.

El primer paso necesario es entender que se debe crear un programa de estudios que atienda urgentemente las anteriores necesidades, en donde se aborden nuevos campos laborales desde posiciones dignas y de igual valía académica. Tal es el caso de la divulgación de la historia; un campo poco explorado y vasto que permitiría, entre otras cosas, que la historia llegara a casi todas las capas sociales a través del periodismo, las revistas de difusión accesibles al gran público, las visitas guiadas, la museografía, la literatura o el cine, y los medios masivos de comunicación.

Quizás una de las salidas, entonces, se encuentre en dinamizar el mundo de la historia, vitalizar su enseñanza, formar cuadros de investigadores que estén dispuestos a reinterpretar el pasado mexicano desde ópticas propias que se salgan de líneas y caminos establecidos, historiadores que desafíen la interpretación prejuzgada, nuevas generaciones que comprendan que ser historiador no

es solamente reconstruir fuentes primarias, es buscar los caminos de nuevos quehaceres históricos. Es, en suma, la aspiración de encontrar respuestas parciales y cambiantes a eso que Lefebvre llamó esa continua pregunta: la vida.

La enseñanza de la historia debe dejar de vivir exclusivamente de los datos para incorporarse al mundo social, económico y político del tiempo que se narra. El historiador ha de ser contestatario, dudar de la interpretación de los historiadores pasados. Es a él a quien corresponde dar la fisonomía de la dinámica histórica de los hechos que estudia.

El campo de la difusión de la historia es hoy una experiencia aislada. La carrera debería proponerse recoger y sistematizar la vivencia informal de los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras en donde, más que en el salón de clases, se vinculan e interactúan la filosofía, las letras, la geografía, la pedagogía, la bibliotecología y el teatro. Hoy nos encontramos con la paradoja de que la escasa formación interdisciplinaria con que egresan los estudiantes y que después será fundamental para divulgar su materia, la historia, se desarrolla fuera del aula. No es raro, pues, que a partir de la circunstancia anterior muchos de los experimentos culturales contemporáneos hayan surgido del contacto cotidiano de las diversas disciplinas. En la actualidad, muchos egresados del colegio de historia se dedican al mundo de la edición, al cine, al teatro, a la museografía, al periodismo o a la política, a partir del conocimiento informal que obtuvieron caminando entre un salón y otro, o *aterrizando en el aeropuerto* de su facultad. Por lo anterior, se propone una nueva área en la enseñanza del pasado que atienda la difusión de la historia enriqueciendo materias como didáctica de la historia con conocimientos de cine, redacción, guión, periodismo y literatura, que complemente la formación del estudioso de la historia.

La tarea no aparece como sencilla, el historiador estará obligado a hacer un esfuerzo doble: por un lado, usar la imaginación para emprender caminos propios que sobrepasen las trancas del purismo academicista, y por otro, justamente porque engendrará en ese purismo a un feroz enemigo, deberá ser sumamente riguroso. De lograrlo, el novel historiador estará en oportunidad de romper con falsos cánones que limitan su posibilidades de creación, así como echar por la borda ritos, pautas y esquemas que lejos de

enriquecer la formación de más profesionales los someten a la repetición tediosa del conocimiento dado.

Esto no podrá darse si los futuros historiadores no cuentan con una sólida formación historiográfica. La alternativa debe darse en el sentido de equilibrar ambos conocimientos —la divulgación y la historia— sin favorecer o encajonar los resultados de los jóvenes historiadores.

El plan de estudios de la carrera de historia debe inclinarse a dar las herramientas clásicas de trabajo, sin perder de vista el poder exaltar la creatividad de los jóvenes historiadores que podrán abrir nuevas puertas teóricas y didácticas a la disciplina histórica al final del siglo xx.

Esta encomienda surge en momentos en que el trabajo histórico atraviesa circunstancias que son un reto a la creatividad. La velocidad con que se desenvuelven los acontecimientos en el mundo de hoy, aparejada a una sensación generalizada de confusión, imponen el replanteamiento de paradigmas, métodos y conclusiones que hasta hace poco se creían sólidos.

Muy probablemente la riqueza de las décadas pasadas, en que el Colegio de Historia de la UNAM llevaba la pauta, se debió a la combinación de dos elementos: creación y duda; como ejemplo baste señalar la obra de Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, que limita la manipulación ideológica del descubrimiento de América.

De la misma manera que O'Gorman revitalizó el conocimiento histórico o los marxistas pusieron en polémica su teoría, hoy los jóvenes historiadores deben entender que toda comprensión es interpretación activa. Asimismo, la difusión de la historia está llamada a reforzar los criterios de selección de la conciencia crítica e impedir que se acepte algo por la insistencia de la consigna propuesta. Esta tarea debe partir, fundamentalmente, de las instituciones de cultura y de las universidades, que son las más propicias para generar la relación entre la investigación histórica y su divulgación.

Un elemento adicional a tomar en cuenta, es la tarea de la difusión como alternativa para extender la historia crítica y romper con ello el círculo cerrado de los trabajos especializados. Aquellos escritos de historiadores para historiadores solamente. No porque no deba de haberlos, el problema se da cuando se convierten en

casi la única forma de la producción *valorada* académicamente. Así, pensamos, la historia estará en mejores condiciones para coadyubar a la concientización de la problemática de la sociedad. Dicho de otro modo, para lograr que la historia actúe como vínculo didáctico que estimule la participación crítica y activa de la sociedad civil ante la problemática social, económica, política y cultural de su tiempo.

#### DIFUSIÓN DE LA HISTORIA Y DIFUSIÓN CULTURAL

La difusión de la historia sólo puede entenderse si se estudia dentro del amplio marco de la difusión cultural.<sup>13</sup> La historia no es una expresión aislada de la acción humana sino parte de un todo social. Si ligamos primeramente la difusión de la historia a la práctica docente y la investigación, y más adelante la definimos como una forma sistemática y organizada de extender el pensamiento y la producción intelectual de los historiadores; es decir, como la suma de los elementos que proponen la didáctica y la historia, éstos encontrarán su expresión en el marco de lo que se conoce como difusión cultural. La difusión de la historia se inserta dentro del amplio marco de la divulgación cultural tanto por su carácter de producto socialmente determinado, como porque las *oficinas culturales* gubernamentales han sido las responsables, desde el lado de las políticas oficiales, de sistematizar y proyectar los programas de difusión del pasado mexicano.

Pero antes de continuar desarrollando este segundo aspecto, es importante advertir que consideramos cultura al espacio social en el que el hombre se encuentra a sí mismo. Como un elemento a través de cual el hombre se reconoce y se identifica como hombre concreto y responsable de una realidad, sea ésta la que sea, de tal manera que la cultura no es entendida como una función de grupos, sino del hombre como tal. Siguiendo la idea anterior, podemos llegar a la siguiente definición de difusión de la cultura: "El hombre cultivado da sentido a la propia cultura, participa en ella,

<sup>13</sup> Véase Néstor García Canclini, *Políticas culturales en América Latina*.

la enriquece y abre mayores posibilidades a otros hombres, es una cadena de permanentes creaciones y reacciones".<sup>14</sup>

Así tenemos que el papel de la difusión de la historia como reflejo inmediato de la producción cultural,<sup>15</sup> adquiere por sí sola su definición como la toma de conciencia del pasado del hombre en sociedad. Esta acción deberá encontrar en la crítica el mecanismo mediante el cual lo recibido pueda ser cultivado y encuadrado en la totalidad social. La difusión de la historia sirve como un espejo para reflejar a la colectividad. La comunicación vital entre el pasado y el presente de las culturas puede hallar en la divulgación de la historia un vehículo apropiado. Al referirse al panorama editorial de su especialidad, Enrique Florescano ha, quizá sin habérselo propuesto conscientemente, arrojado luz sobre el asunto que nos ocupa. La difusión de la historia en el marco del quehacer cultural es el "punto de contacto entre el ejercicio del pasado de la historia y las prácticas del presente".<sup>16</sup> Para encontrar espejos de lo que sucede en nuestro país, recurrimos al ensayo de Leopoldo Zea sobre la difusión cultural en América Latina.<sup>17</sup> Las condiciones al sur del Bravo, aun cuando reconocen particularidades de país en país, contienen elementos en común que permiten, bajo la guía del análisis general, explorar la circunstancia nacional. En sociedades como las nuestras, la cultura recibida ha sido puesta al servicio de sus creadores. La cultura impuesta no alienta vocaciones, simplemente busca troquelar el tipo de servidor que el sistema necesita para que funcione mejor en beneficio de sus creadores. En América Latina la capacidad recreativa de la cultura, en el sentido de la reinención, es de extraordinaria importancia, porque de ella se ha de derivar el cambio de circunstancias impuestas a sociedades como la mexicana.

En los últimos años, ante la mirada atónita de unos, esperanza de otros y despavorida de algunos más, América Latina ha registrado lo que podría calificarse como el parto de su sociedad civil. Grupos indígenas, amas de casa, ecologistas, maestros, feministas,

<sup>14</sup> Leopoldo Zea presenta una propuesta que engloba el concepto anterior en su libro, *El sentido de la difusión cultural latinoamericana*.

<sup>15</sup> Como ya hemos señalado, la historia es parte de la producción cultural del hombre.

<sup>16</sup> Enrique Florescano, *op. cit.* p. 24.

<sup>17</sup> Zea, Leopoldo, *op. cit.*

etcétera, han rebasado con imaginación los marcos de la participación tradicional y han abierto senderos de democratización a través de prácticas novedosas.<sup>18</sup> Este fenómeno nos sirve para observar en la práctica del universo social de qué manera las expresiones culturales de resistencia y auto organización se relacionan con la recuperación del pasado como un ejercicio vivo. La creciente penetración de los movimientos sociales latinoamericanos de los últimos años encuentra, por un lado, fundamento en el resarcimiento de la memoria histórica, y por otro, una guía de acción en las formas culturales que le son propias.

La cuestión cultural adquiere así un trascendental relieve si se quiere entender el vigor de los movimientos sociales en Latinoamérica. La base para una cultura democrática en esta región es la continuidad cultural. Así se va creando la dimensión cultural, a pesar de los inmensos obstáculos históricos que significan las tradiciones autocráticas. ". . . La Iglesia, el ejército y el Estado imperial español son nuestras instituciones más antiguas. La sociedad civil es nuestra realidad mas reciente",<sup>19</sup> nos dice Carlos Fuentes. En este proceso de continuidad y resistencia cultural, la permanencia de la lengua, el sentido de pertenencia a una etnia determinada, el arraigo a la tierra, el mantenimiento de festividades y rituales ancestrales, la producción artística, etc., serían sólo algunos de los elementos de identidad cultural que a la vez que se muestran como elementos integradores de una identidad histórica propia, resisten el embate de una política neoliberal que, en su prisa, pareciera sólo mirar hacia adelante. La sociedad capitalista no resuelve el problema de la cuestión nacional. A la diversidad cultural impone, mediante el autoritarismo, la uniformidad.<sup>20</sup>

En este intento por uniformar y mutilar la capacidad creativa de las nuevas formas culturales de participación social, destaca la noción de la cultura como un proceso de enseñanza para iniciados o elegidos, que normalmente se rompe cuando los medios masivos y las instituciones son golpeados por una realidad que se expresa en múltiples formas, incluyendo aquellas que no tienen un carác-

<sup>18</sup> Baste citar el caso del mexicano *Superbarrio* como representante de la sociedad civil, en este caso, de la ciudad de México.

<sup>19</sup> Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, p. 7.

<sup>20</sup> Véase Pablo González Casanova (coordinador), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*.

ter académico. La elitización de la cultura es, sin duda, el problema más frecuente con que se topa la difusión cultural. A este obstáculo habrá que agregar la vulgarización de la cultura y la marginalidad de ésta. La primera tiende a devaluar a la cultura presentándola como un producto mercantil o de poca valía intelectual; mientras en la segunda, la sociedad vive al margen de ella.<sup>21</sup>

Las políticas culturales entendidas como prácticas funcionales que planean y replantean la temática de circular en la calle, entrar a los hogares y penetrar a la sociedad, tienen que cambiar su limitada propuesta de la difusión de la historia como parte de la divulgación cultural para hacerla críticamente racional, es decir, como un elemento que parta de una intención estatal pero que logre ser interpretada libremente por la sociedad.<sup>22</sup>

Y no se trata de vociferar demagógicamente a favor de una propuesta *masificación de la difusión de la historia*, pues está claro que esta masificación *per se* no garantiza que el ejercicio del pasado sirva como elemento de reflexión. La alienación en un Estado autoritario puede provenir justamente de una divulgación masiva de una determinada interpretación de la historia. Luis Alberto de la Garza dice al respecto que esto es posible cuando existe o se promueve la previa anulación de las individualidades comprendidas en la idea de masificación, lo que hace que estos múltiples individuos no se identifiquen entre sí por un criterio racional, sino por la insistencia en hacerles aceptar la verdad de un proyecto social o una particular consigna política, económica o cultural. De la Garza determina a este tipo de historia como historia mecánica, misma a la que define como: "un subproducto de la investigación histórica cuya finalidad es la satisfacción consumista del público. A partir de ella se ha escrito una gran cantidad de textos de pretendida vulgarización, pero cuyo resultado real es la trivialización en la que se pueden encontrar todo tipo de hechos presentados como historia".<sup>23</sup> Esta forma de transmitir la historia tiene gran éxito, entre otras razones porque permite transmitir con facilidad un mar-

<sup>21</sup> Entendemos por marginada la escasa relación que hay entre los planificadores de la política o difusores, y ciertos sectores que viven al margen.

<sup>22</sup> Este tema lo ha desarrollado con amplitud Néstor García Canclini en varios de sus trabajos.

<sup>23</sup> Luis de la Garza, *El historiador, los hechos y la información*, p. 10.

co ideológico, al tiempo que sus propuestas históricas se vuelven productos de fácil comercialización.

El periodo que comprende al México prehispánico, por ejemplo, ha sido utilizado por esta forma de difundir la historia, con gran éxito, convirtiendo problemas profundos como la religión mesoamericana en simples esquemas bipolares que presentan una sociedad bárbara y cruel, y donde la historia pierde su esencia, al ser marginada por la pobre divulgación; baste citar novelas como *Tlacaelel*, *Azteca* o *El Corazón de piedra verde* o, más recientemente, *Regina*.

En estos casos, a pesar de tratarse de novelas que gozan de la libertad de la literatura, hablamos de un proceso en donde la divulgación cumple un cometido desvirtuado, distorsiona la historia porque presenta una visión amañada del pasado, en muchos casos romántica y estereotipada, en donde se entrecruzan la necesidad de hacer un trabajo eficiente comercialmente, pero ineficaz como alternativa para transmitir el conocimiento histórico.

Sirva el último de los ejemplos que hemos dado para alertar sobre los riesgos que entraña una difusión de la historia asumida como negocio lucrativo, al margen de cualquier sentido de responsabilidad académica y social. Hemos establecido que la Verdad (con mayúsculas) en historia no existe, al menos como entidad absoluta, pero también nos parece que ha quedado claro que si alguna pretensión válida el trabajo del estudioso de la historia es la aspiración de acercarse, lo más posible, a lo que sucedió. La *antidifusión de la historia* se apropia de algunas herramientas elementales tanto de la literatura como de la historia para ofrecer un producto de baja calidad y que no ayuda en nada a aproximarse a esa verdad parcial de la que hemos hablado.

El caso de la novela *Regina* es particularmente ilustrativo sobre lo anterior. El autor, Antonio Velasco Piña, presenta una historia en donde la matanza del 2 de octubre de 1968 es el resultado de la conjunción de fuerzas cósmicas. La novela, desde el punto de vista de la teoría novelística,<sup>24</sup> carece de un hilo narrativo sólido y su construcción gramatical es sumamente elemental. Aunada a su pobreza literaria, la novela retorna un suceso aún doloroso y no suficientemente esclarecido para tergiversar el hecho y

<sup>24</sup> Véase Roland Bourneuf y Réal Ouellet, *La novela*.

presentar una versión dolosa. De la lectura se desprende que la historia no es más que la materialización de fuerzas inasibles y superiores.

Lo que hemos llamado la antidifusión de la historia es un camino de altas ganancias económicas. Pero además, y quizá sea eso lo más grave, al lector se le muestran representaciones intencionalmente trasquiladas con el fin de distraer su atención presentándole, respecto a los hechos sociales y a la historia, versiones que omiten causas, consecuencias y características, esparciendo humo sobre cualquier aproximación a la verdad e inventando figuraciones cósmicas. Sin embargo, este caso ejemplificante da muestras de que el combate por transformar a los medios masivos escritos o audiovisuales, en aliados de una historia que sea liberadora, en el sentido de acercarnos a la verdad, será aún largo. Por lo pronto, en este contexto nos parece oportuno llamar la atención sobre un elemento fundamental de la difusión de la historia, hasta ahora no abordado en este trabajo: el contenido ético.

Asimismo sirve, como si se tratase de un juego de espejos en el cual la figura real es la inversa, para llamar a cuestionarnos un par de asuntos, al margen de dilucidar sobre las particulares intenciones políticas de Velasco Piña para presentar un relato en donde, por ejemplo, el ex presidente Echeverría aparece en algunos momentos dispensado de su responsabilidad. Primero, ¿por qué una novela tan elemental alcanza los niveles de venta y penetración que ésta ha logrado? Las respuestas pueden ir en dos sentidos. O bien la población es ingenua y por lo tanto lee literatura *idem*, o bien, eso es lo que a este trabajo interesa, existe un vacío de información histórica que propicia y posibilita esta clase de fenómenos editoriales.

Queda claro que hay un interés creciente de los individuos por la historia. Esta demanda está siendo cubierta por los peores materiales y explicaciones respecto al pasado. Todo indica que al hacer crisis la idea de futuro, es decir, al entrar en cuestionamiento una serie de certezas que se tenía sobre el desarrollo de la humanidad, el hombre vuelve sus ojos al pasado. Lo puede hacer desde el replanteamiento de los paradigmas de las disciplinas sociales. Mas es posible, también, que esta búsqueda de explicaciones en un tiempo de incertidumbre, tome otros caminos más ligados a la propia experiencia de los individuos. Entre estos otros caminos, es

necesario diferenciar entre la práctica seria del yoga, por ejemplo, y la charlatanería. La necesidad de encontrar *explicaciones trascendentes* ha llevado a un número cada vez mayor de individuos a ligarse a cultos, sectas y ritos esótericos cuyo accionar está basado en la alienación. En ese sentido, *Regina* le ha servido a su autor para instaurar un grupo de seguidores de la *Reina de México*. Lo que identifica al grupo de Velasco con otras sectas y actitudes sociales muy en boga en nuestros días es la asunción del pasado desde una postura esencialista. Es decir, se apela a la emoción antes que al racionamiento, a la fe antes que al documento o la evidencia; es en palabras de Luis González de Alba, la urgencia de creer. Pero ¿es simplemente un equivalente en la tabla de creencias, creer ayer en la revolución mundial y hoy en una supuesta reencarnación en Tlaltelolco de Cuauhtémoc muerto? Por supuesto que no. No nos encontramos frente a un *canje de creencias*. Y no lo es porque los actuales movimientos esencialistas elaboran su discurso a partir de la afirmación de una supuesta pureza de raza, lo que supone una trascendencia atemporal de ésta. Velasco Piña, en el caso que nos ocupa, vuelve una y otra vez al calificativo clave en su estructura, no narrativa, sino de concepción histórica: lo verdadero. Así, hay mexicanos verdaderos, conocimientos verdaderos, percepciones verdaderas. . . y por supuesto, esta verdad pertenece a un grupo de elegidos. Eso, aquí y donde sea, recubierto con la máscara de la reivindicación que sea, tiene la forma de cualquiera de los movimientos racistas.

El uso de la historia bajo esta perspectiva contiene elementos de alienación y racismo sobre los que es necesario estar alerta. Mas no basta con denostar obras como la anterior, es necesario abrirle caminos a una difusión de la historia en el sentido opuesto, como una forma para contrarrestar efectivamente la distorsión histórica. Poco antes hacíamos ya referencia al contenido ético. Éste es fundamental, sin embargo nos parece que ya en la práctica sería muy difícil, jurídica y factualmente, prohibir a alguien escribir su versión personal sobre un hecho histórico. Lo que sí puede hacerse es exigir a las editoriales y empresas ligadas a la distribución y comercialización editorial un mayor sentido de responsabilidad social.

La difusión de la historia en el marco de la divulgación cultural deberá, además, reconocerse como un proceso complejo en

donde la rigurosidad metodológica no tiene por qué estar reñida con el alcance masivo de los trabajos. El proceso al que nos referimos es entendido como el desdoblamiento del conocimiento histórico, es decir, pretende presentar de una manera directa, dinámica y didáctica,<sup>25</sup> el conocimiento histórico a través de los varios canales que existen para promover la historia.

Como ejemplo de lo anterior señalaremos el trabajo que dirigió en los años ochenta Eduardo Blanquel: *Tiempo de México*.<sup>26</sup> Un grupo de historiadores dirigidos por Blanquel mostró el acontecer mexicano, a través de la prensa, buscando transmitir la historia de México de una forma dinámica, desde la invasión napoleónica a España hasta el periodo de López Mateos. El trabajo de investigación se basó en una recopilación biblio-hemerográfica que dio cuenta de problemas particulares. Después de realizar esta actividad, se elaboraban pequeñas notas periodísticas que divulgaban la historia de México a un gran público.

Años antes, a principios de los años setenta, la Secretaría de Educación Pública puso a circular, con tirajes bastante grandes y ediciones rústicas pero dignas, la colección *SepSetentas*, algunos de cuyos volúmenes hoy día siguen cumpliendo la función introductoria, sobre todo para estudiantes de educación media, a un autor o tema. Un caso similar lo constituyeron, durante muchos años, la *Antologías* que editaba la UNAM y que inexplicablemente fueron, al igual que *SepSetentas*, sujetas a los vaivenes de los cambios administrativos.

Por lo que corresponde a la intervención de las empresas editoriales privadas, y en especial a la relación entre la literatura y la difusión de la historia, es de resaltar que en los últimos años se ha observado un renovado entusiasmo por parte de autores, editores y lectores por estimular esta forma de hacer, de la literatura y la historia, causa común.

Las obsesiones históricas de los novelistas en lo que va de este siglo comienzan con la revolución mexicana y acaban, en esta primera etapa, con Rulfo. Si bien la revolución carece de grandes teó-

<sup>25</sup> Entendemos por didáctica la definición que da Andrea Sánchez, como el proceso en el que intervienen elementos pedagógicos adecuados para transmitir un conocimiento, en este caso histórico.

<sup>26</sup> Blanquel, Eduardo *et al.*, *Tiempo de México*, SEP, México 1984 (primera y segunda época).

ricos, al modo de la Francesa de 1789, que la anticipen y doten de un *corpus* ideológico, encontrará en los literatos, contemporáneos y posteriores, la memoria y representación del hecho histórico. Christopher Domínguez apunta:

[...] Años después Carlos Fuentes, en *La región más transparente*, hace un mural histórico inspirado un poco en el propio muralismo y un poco en las novelas de John Dos Passos, y después la tendencia se agota. En los años 60 y 70 tenemos una novela más bien preocupada por la experimentación formal y por ponerse al día. Este fenómeno se desgastó y ahora sí hay una vuelta al análisis de temas y figuras históricas, para dilucidar ciertas tramas de nuestra historia que eran desconocidas o estaban sujetas a interpretaciones tradicionales.<sup>27</sup>

El propio Domínguez reconoce en este auge tres tendencias o vertientes: la historia lejana, la novela histórico-literaria y la histórica contemporánea.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Patricia Ruvalcaba, "El auge de la historia en la novela: un breve recuento", en *La Jornada*, febrero 27 de 1993.

<sup>28</sup> Patricia Ruvalcaba propone la siguiente bibliografía preliminar que incluye sólo los títulos publicados en los últimos años:

Editorial Diana:

*Noticias del imperio*, Fernando del Paso; *Guerra en el paraíso*, Carlos Montemayor; *De los Altos*, Guillermo Chao Ebergenyi; *La noche de Ángeles*, Ignacio Solares; *Iturbide y Santa Anna*, Roberto Blanco Moheno; *Cristóbal Colón, marino*, Samuel Morrison; *Zapata y las grandes mentiras de la Revolución*, Armando Ayala Anguiano; *Zapata, el caudillo del sur*, Jorge Mejía Prieto; *Cuauhtémoc frente a Cortés*, Guillermo Estrada Unda; *1492. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*, Homero Aridjis.

Ediciones Cal y Arena:

*La guerra de Galio*, Héctor Aguilar Camín; *Arráncame la vida*, Ángeles Mastretta; *Los bajos fondos*, Sergio González Rodríguez; *Alta frivolidad*, Margo Su; *La literatura en la Nueva España* (2 tomos), José Joaquín Blanco; *La familia vino del norte*, Silvia Molina; *José Revueltas: Los muros de la utopía*, Álvaro Ruiz Abreu; *La patria celestial*, Salvador Castañeda; *Pensar el 68*, varios autores.

Editorial Planeta:

*Madero, el otro*, Ignacio Solares; *La lejanía del tesoro*, Paco Ignacio Taibo II; *En defensa de la envidia*, Sealtiel Alatríste.

Joaquín Mortiz:

*A pesar del oscuro silencio*, Jorge Volpi; *Madero, el otro*, Ignacio Solares.

Editorial Hermes:

*El corazón de piedra verde*, Salvador de Madariaga.

Tenemos pues un panorama en el que existe un interés manifiesto de parte de la población por acercarse a la historia. En este proceso, algunos historiadores, tal como lo reconocen muchos de los literatos que se han nutrido de ellos, han abierto brecha en lo que podríamos llamar las nuevas formas de escribir la historia. Esta deuda de literatos con historiadores queda situada en el marco de la amplia reflexión que hace Sergio González Rodríguez al respecto:

En los últimos quince años, la cultura mexicana ha vivido una de sus transformaciones decisivas: la que se refiere al estudio y cercanía efectiva con el pasado, (el hecho representa) la amplitud de nuevas formas de considerar la historia, cuya diversidad y riqueza provino de un contagio generoso: las obras de los grandes historiadores mexicanos que supieron fundir las enseñanzas de las mejores corrientes historiográficas del mundo con las tradiciones mexicanas al respecto. El rigor estimulante de Edmundo O'Gorman, Luis González y González, Luis Villoro, Alfredo López Austin, Alejandra Moreno Toscano, Enrique Florescano, José Luis Martínez, entre otros, disfrutó de la destreza suficiente para captar más lectores que discípulos,<sup>29</sup>

---

Fondo de Cultura Económica:

*Biografías del poder*, Enrique Krauze; *Hernán Cortés*, José Luis Martínez; *El general y el hacha*, José Madrigal Mora.

Editorial Grijalbo:

*Mi amo Colón*, Cedric Belfrage; *Campanas para llamar al viento*, Tenochtitlán, José León Sánchez; *Cortés, el hombre*; *Juárez, el Imperio y la República*; *Las mil y una noches mexicanas I y II*; *Miramón, el hombre*; *La Revolución Mexicana, memorias de un espectador*, José Fuentes Mares.

Editorial Era:

*Tínísima*, Elena Poniatowska; *Llanto*, Carmen Boullosa; *La noche del 25*, Daniel Martínez; *Recuerdo de la muerte*, Miguel Bonasso; *Una muerte sencilla, justa y eterna*, Jorge Aguilar Mora; *A partir del fin*, Hernán Valdés.

Aun y cuando la lista de Ruvalcaba es parcial e incurre en omisiones importantes como *Charras*, de Hernán Lara, o *El secuestro de William Jenkins*, de Rafael Ruiz Harrell, y que su trabajo mezcla los trabajos alrededor de la historia de México con los del Quinto Centenario e incluso con los que han sido motivados por hechos ocurridos en otros países (la novela de Daniel Martínez versa sobre la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua en 1990), puede servir como guía general para los interesados.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

habría que agregar a la lista, sin que sean historiadores —o justamente por ello— a Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, Sergio Fernández, Rubén Bonitaz Nuño y Clementina Díaz de Ovando, Luis Mario Schneider, José Pascual Buxó, Vicente Quirarte y Fernando del Paso.

Es de resaltar que, en un país como México, la presencia de la sociedad civil, las voces discordantes de la unanimidad estatal, encuentran eco en una historiografía crítica que se presenta a sí misma como si fuese un refugio que la protege de la censura y la persecución del poder, como literatura. Así, Martín Luis Guzmán *fictiona* en *La sombra del caudillo*, Heriberto Frías hace lo propio con una rebelión en *Tomochic*, Fuentes *imagina* la personalidad *sui generis* de su Artemio Cruz, José Revueltas *inventa* una cárcel dantesca donde tiene lugar *El apando*, y, más recientemente, Salvador Castañeda narra una guerra sucia contra una guerrilla que a decir de la historia oficial *nunca existió*, aunque el propio Castañeda haya participado en ella.

Sin duda la literatura ha jugado un papel importante en lo que Carlos Castañeda, autor de la novela histórica: *Guerra en el paraíso*, llama el "doble proceso: el de la creación de la conciencia histórica de México y el de la creación de versiones oficiales de la historia mexicana, corrientes que siguen siendo contrarias".<sup>30</sup>

Bajo esta idea podemos decir que: la historia como memoria y registro crítico de una nación, es decir como conciencia nacional, es una concepción sin mucho éxito entre los políticos culturales que no quieren compartir su memoria y conciencia, ni legitimar su proyecto político con la difusión de la historia que tiende, en estos casos, a ser "subversiva"; de esta manera el proyecto cultural detiene la historia como conciencia crítica; y que la historia como ciencia o disciplina pura, es decir, aquella que es considerada inofensiva y ociosa, que detectan los grupos ilustrados de la clase media, es decir, los grupos de intelectuales y académicos, tampoco es una alternativa para la divulgación de la historia, ya que entendemos, como hemos señalado, la posibilidad de que la historia se difunda colectivamente a través del conocimiento crítico que, en cuanto conciencia nacional, la historia pueda ofrecer.

<sup>30</sup> *Ibidem*.

ALGUNAS ALTERNATIVAS DIRIGIDAS A LOS HISTORIADORES,  
PARA ENRIQUECER LA DIFUSIÓN DE LA HISTORIA  
EN EL MÉXICO ACTUAL

Estudiar y apoyar la divulgación de la historia no es un pasatiempo, como se ha entendido comúnmente, sino un compromiso social; compromiso que debe estar patente en todos los historiadores, conformando así el punto de partida de una tarea de esclarecimiento que intente llevarse a cabo por distintos caminos y que se considere necesaria y urgente; y es que a las deformaciones ideológicas propias del pensamiento conservador, ya de antigua data, se han añadido hoy prejuicios cada vez más arraigados en sectores dogmáticos de la izquierda; ambas posturas impiden la difusión de la historia porque no dejan de ver en sus contenidos concretos un obstáculo para el buen funcionamiento de modelos importados que por pereza intelectual no se quiere redefinir y reinterpretar dentro del contexto específico de México.

En México se han aplicado equivocadamente los limitados programas que contienen la divulgación de la historia, porque se oficializa el proyecto de clase o casta dominante y se llama "historia nacional" a un modelo que luego se impone a los sectores dominados por medio de la educación formal y los medios de comunicación masiva, a la vez que se trata de suprimir la historia de los mismos —Eduardo Galeano llama a este proceso "vaciamiento de memoria"—, para ir disolviendo su identidad a través de un proceso de aculturación, integración-asimilación o simple masificación, fundado generalmente en el desarrollo económico capitalista, aunque hoy es sabido que también se dio en los países de Europa del Este.

La idea de la divulgación de la historia en México ha quedado atrapada dentro de los marcos antes señalados: el vaciamiento de la memoria y la masificación. Por esto, a continuación se proponen algunas alternativas que posibiliten a los historiadores que han decidido pensar y escribir la historia bajo nuevas ópticas, hacerlo en un marco más adecuado.

a) Apoyo a la industria editorial mexicana para que tenga capacidad de producción de libros que divulguen la historia.

b) Democratización de la vida política y de los medios masivos de la comunicación, de las escuelas de enseñanza superior y los

centros de investigación y del trato de la sociedad con las instituciones del Estado.

c) Descentralización de la educación, la cultura y la comunicación con el fin de propiciar la divulgación histórica regional.

d) Un programa nacional de ediciones de historia sin grandes pretensiones ni objetivos políticos; para ello se propone por ejemplo la creación de una comisión formada por un grupo plural de historiadores prestigiados que establezcan un plan modesto y suficiente de ediciones críticas y populares, en donde se recoja la historia nacional en una forma accesible y académica.

e) Incluir en las bibliotecas públicas un programa que atienda la necesidad de recolectar y difundir la bibliografía básica de la historia de México.

f) Paralelamente, a medida que aumente la libertad de prensa, se puede pensar en proyectos de periodismo serios que rebasen las notas de historia del arte y crítica de la arquitectura, para darle espacio a la historia como crítica cotidiana del acontecer nacional.

Como se puede observar, la contradicción más fuerte entre las posibilidades de la difusión histórica se da con el Estado, bajo el entendido del temor que implica el quehacer histórico como creador de conciencia.

#### RESUMEN HISTÓRICO DE LOS PRINCIPALES TRABAJOS DE DIVULGACIÓN HISTÓRICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

La historia se ha ido insertando en nuestro país de distintas maneras y en diversas fases; así como para las generaciones anteriores al grupo del Ateneo de la Juventud, el conocimiento histórico era simplemente el estudio de la historia conocida como aquella que representaba la vida de Grecia considerándola como la cuna del mundo occidental; en los años posteriores se llevaba a cabo la introducción a la historia nacional, y es hasta finales del siglo XX cuando se empieza a pensar en difundirla.

En México, durante la primera mitad del siglo XX, se conjugaron diversos factores que propiciaron la renovación del estudio de la historia nacional. Los principales elementos fueron:

1. La necesidad de ubicar la historia nacional dentro de los nuevos marcos en los que surgía la educación nacional. Por un la-

do la herencia social de la Revolución Mexicana y por el otro el convencimiento de realizar necesariamente un proyecto nacional nuevo, que ya no correspondía al impulsado por los liberales en el siglo XIX. En este momento conocer la historia nacional era la alternativa para valorar la nueva etapa por la que atravesaba el país.

2. En los años recientes, la problemática social de México se centró en encontrar las vías para incorporar a la vida moderna a grandes sectores de su población —campesinos, obreros y capas urbanas bajas— marginados de la producción, del bienestar social y de la cultura. Un grupo de intelectuales, conocido como el Ateneo de la Juventud,<sup>31</sup> formuló un programa cultural cuyo objetivo era insertar a todo el país dentro de las más importantes corrientes del pensamiento universal, especialmente de la civilización occidental; este grupo también conocido como la generación del Ateneo, planteó que la educación masiva de la historia nacional, proporcionaría al país las energías espirituales capaces de impulsarlo hacia la modernidad. Para ellos no se trataba sólo de que las capas cultas de un país con grandes sectores analfabetos pudieran deleitarse en la lectura de los trabajos de historia universal, por el contrario, su empeño consistía en incorporar a aquéllos a la vida cotidiana del pueblo. En consecuencia, después del triunfo de la Revolución de 1910, la sociedad mexicana quedó impactada por la publicación masiva de obras dedicadas al estudio histórico, cuyas ediciones salieron entre 1920 y 1924 de las prensas de la Universidad Nacional y de la Secretaría de Educación Pública. El principal impulsor de esta política fue el ateneísta José Vasconcelos, auxiliado por muchos miembros de su generación.

3. Las múltiples posiciones de los años posteriores trajeron consigo un mayor conocimiento del pasado, y con ello la posibilidad de hacer llegar el mismo a mayores grupos sociales.

Sin embargo, a pesar de los nacientes impulsos que hemos señalado, es hasta fechas muy recientes cuando se aplica una idea de la difusión de la historia que se empalme con la que en este texto hemos propuesto. A continuación presentamos una reseña de los trabajos más divulgados en los últimos años, señalando que aunque la mayoría no cumple con la propuesta de la difusión, son

<sup>31</sup> Pensamos en las obras hechas por José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán o Pedro Henríquez Ureña.

su antecedente más cercano. Divididos en dos grandes y heterogéneos grupos, uno que parte de los centros académicos de los historiadores para los académicos historiadores o áreas afines, y un segundo que sale del mundo de los historiadores y trasciende las barreras del cubículo a partir de la prensa y otros medios de divulgación.

1. En 1978 Miguel León Portilla y Jorge Gurría Lacroix<sup>32</sup> participaron en el libro que editó la coordinación de Humanidades, *Las Humanidades en México, 1950-1975*. Gurría y León Portilla hicieron un recuento de la investigación histórica en esos veinticinco años. En este trabajo, ellos observan que: "la difusión de las investigaciones y de los estudios sobre la historia se hace en nuestro país principalmente a través de revistas, colecciones de obras y libros sueltos, que editan las instituciones dedicadas a estos quehaceres, así como de dependencias oficiales y editoriales de la iniciativa privada".

De esta manera, se hace un primer recuento de las revistas de difusión dedicadas a la historia que nos sirve de guía para hacer la reseña histórica de los espacios que han existido para la difusión.

La publicación periódica más antigua dedicada en parte a la historia es el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, que apareció en 1839 y que se siguió editando hasta finales de los años setenta. Los *Anales del Museo Nacional* se inicia en 1877, cambian de nombre en 1909 y 1945 y terminan su edición en el año de 1971 con el nombre de *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. Este órgano, aunque combinaba artículos de diversas especialidades, daba cabida principalmente a los trabajos históricos.

El *Boletín del Archivo General de la Nación* se edita desde 1930, tiene como finalidad dar a conocer documentos e interpretaciones; en él aparecen los índices y guías de los distintos ramos en que se divide el archivo. Proyecto que es de gran utilidad para los investigadores, también abre el mundo de la historia a aquellos que están alejados de esta disciplina; recientemente se ha recuperado este proyecto bajo la dirección de Patricia Galeana.

<sup>32</sup> Jorge Gurría y Miguel León Portilla, "La Investigación Histórica"; *Las humanidades en México, 1950-1975*, p. 32.

Las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* abarcan desde 1942 a 1970. *Tlalocan*, dedicada a la publicación de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas en México, principió sus actividades en 1943, se imprimió en California, Estados Unidos, y fue fundada por F. Smith; posteriormente los editores han sido Ignacio Bernal, Fernando Horcasitas y Miguel León Portilla. A partir del tomo dos se imprime en México.

La revista *Historia Mexicana*, órgano periódico del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, se edita a partir de 1943. Sus colaboradores incluyen trabajos tanto de los investigadores del Colegio como de otras instituciones.

En 1960 Jorge Gurría Lacroix e Ignacio Bernal crearon la publicación periódica denominada: *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*; se trataba de contar con una publicación que diera a conocer, por medio de artículos y notas breves, las actividades del Instituto en los campos de la antropología y la historia. Una de sus características es que se encuentra ampliamente ilustrado.

Los Institutos de Investigaciones Históricas, Antropológicas, Filológicas y Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México cuentan con varias publicaciones que incluyen la difusión de la historia; de éstas sobresalen: *Estudios de Cultura Náhuatl*, *Estudios de Historia Novohispana*, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, *Anales de Antropología* y los *Anales de Estéticas*.

El *Anuario de Historia* es una publicación eventual del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que empieza su actividad en 1961 y se interrumpe en 1983.

Son también de consideración las publicaciones periódicas de la Academia Nacional de Historia y Geografía, los trabajos de Condumex, así como las publicaciones de la SEP. Entre los de esta dependencia oficial cabe señalar trabajos como: *SepSetentas*, *ochentas* y *noventas*, y colecciones tales como, *Cien de México*, así como las editadas por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y publicaciones del Instituto Mora.

En cuanto a las colecciones de obras sobre historia, México tiene una gran tradición en recuperar documentos con estudios y ensayos de procesos históricos, no sólo hechos por historiadores sino por otros profesionistas que acuden a esta disciplina. De éstos

se ha hecho una selección desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, que mencionaremos a continuación:

*Documentos para la historia de México, 1853-1854*; *Colección de documentos para la historia de México, 1858-1866*, de Joaquín García Icazbalzeta; *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, 1905-1911*, de Genaro García y Carlos Pereyra; *Papeles de la Nueva España, 1905-1906*, de Francisco del Paso y Troncoso; *Documentos históricos mexicanos de 1910*, de Genaro García; *Archivo General de la Nación, 1910-1946*; *Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1923-1935*; *Epistolario de la Nueva España 1939-1942*, de Francisco del Paso y Troncoso; y *Obras publicadas*, por Salvador Chávez Hayhoe, 1941-1945.

De los trabajos académicos que se han elaborado en los últimos 40 años sobresalen: los del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM con sus series: *Historiadores y Cronistas*; *Historia Novohispana*; *Historia Moderna*; *Cuadernos*; *Serie Documental*; e *Historia General y Serie de Cultura Náhuatl*. Los del Instituto Nacional de Antropología e Historia con la serie *Historia*, y los de la SEP-INAH con *La Colección Científica* y numerosos trabajos de divulgación. Las distintas publicaciones del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Los de La Sociedad de Estudios Cortesianos, y los de varias dependencias oficiales tales como: la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Departamento del Distrito Federal, La Cámara de Diputados, los partidos políticos y los gobiernos de los estados.

Entre las colecciones de mayor calidad, por títulos se pueden mencionar: La antigua librería Robredo de José Porrúa e Hijos, que edita la: *Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas*, que ha dirigido Silvio Zavala; *Historia Mexicana* de la Biblioteca José Porrúa Estrada, que dirigió Gurría Lacroix; la serie *Documentos para la historia colonial de México*, dirigida por France V. Scholes y Eleanor B. Adams, de la Biblioteca Porrúa, que edita la librería de Porrúa Hermanos, colección que abarca títulos correspondientes a las distintas etapas de la historia de México; Salvat Editores imprimió una *Historia de México* dirigida por Miguel León Portilla, que comprendió 10 volúmenes. La Editorial Siglo XXI ha publicado un importante número de títulos sobre historia de Europa, América Latina y México.

En un segundo apartado podríamos considerar al ensayo mexi-

cano atareado por una misión principal, descubrir su identidad propia. Obras que trascendieron los espacios académicos a partir de la formación de una idea o concepción distinta del pasado mexicano: de Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, 1947; Juan Pérez Jolote, 1948, de Ricardo Pozas; *Pueblo en Vilo*, 1948, y *Los días del Presidente Cárdenas*, 1981, de Luis González y González; *El guadalupismo en México*, 1953, de Francisco de la Maza; *Los indios de México*, 1967-1981, de Fernando Benítez; *Utopías mexicanas*, 1963, de Gastón García Cantú; *El estilo personal de gobernar*, de Daniel Cosío Villegas, entre otros. Al mismo tiempo, José Joaquín Blanco señala este cambio, al afirmar que "siguiendo la ambición del Ateneo de la Juventud, el ensayo logra grandes esfuerzos profesionales a fin de crear los propios tratados manuales, estudios e investigaciones que el país requiere". Ya no será milagrosa, aunque tampoco puede decirse que abundante, la aparición de textos de excelencia académica; José Joaquín Blanco advierte sobre la importancia no sólo de la calidad académica, sino de una naciente divulgación masiva.

Así, los trabajos filosóficos, de Luis Villoro, las distintas visiones y versiones de la literatura náhuatl de Ángel María Garibay Quintana, Miguel León Portilla y Alfredo López Austin, adquieren un nuevo sentido por medio de la posibilidad de relacionarse más ampliamente con la población. En esta misma línea podemos señalar los trabajos de José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, Jesús Silva Herzog, Jesús Reyes Heróles, Pablo González Casanova y Eduardo Blanquel.

También la prensa incluye en sus páginas el quehacer de la historia como constante referencial —proceso que aumenta ampliamente el sentido de la divulgación histórica: Fernando Benítez, Huberto Batis, Renato Leduc, José Alvarado, Alejandro Gómez Arias, Francisco Martínez de la Vega, Manuel Buendía y Miguel Ángel Granados Chapa, quienes representan un sólido grupo que ha propiciado desde el periodismo la influencia de la historia como crítica.

Pero sin duda, la línea fundamental es, en la difusión de la historia, la revisión del pasado mexicano: de esta tarea se ha ocupado Fernando Benítez, tanto en *Los indios de México*, 1967-1981, como en sus novelas, crónicas y biografías.

También destaca, como se ha dicho ya en este ensayo, *Tiempo*

de México que dirigió Eduardo Blanquel, como un serio trabajo de divulgación. El tema principal de estos años ha sido la Revolución Mexicana como principal referente del México contemporáneo, donde encontramos los siguientes trabajos: Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950, *La Revolución como Independencia*, 1953; *Historia de la Revolución Mexicana*, de José Mancisidor; *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, de Jesús Silva Herzog; *Historia moderna de México*, 1955, e *Historia general de México*, 1976, coordinadas por Daniel Cosío Villegas.

Jesús Reyes Heróles publica: *El liberalismo mexicano*, en 1957; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, en 1965, y a partir de 1980 publica: *La clase obrera en la historia de México*.

En 1973 Jean Meyer publica: *La cristiada*; Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, en 1971; *La revolución interrumpida*, de Adolfo Gilly; *La ideología de la Revolución Mexicana*, de Arnaldo Córdova, 1973; *La frontera nómada*, 1977, de Héctor Aguilar Camín; y recientemente Enrique Krauze elaboró sus *Biografías del poder*, 1988. Se debe considerar asimismo la totalidad de la obra de Carlos Monsiváis.

Las principales publicaciones periódicas culturales han incluido en este periodo la difusión de la historia, baste señalar las revistas: *Medio Siglo*, *Política*, la *Revista de la Universidad*, la *Revista de Bellas Artes*, *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos*, *Sábado*, *La Jornada Semanal*. Es de destacar, por último, que el reciente florecimiento de un periodismo crítico y ligado a la sociedad civil en provincia (*El Norte*, en Monterrey, y *Siglo XXI*, en Guadalajara) abre nuevas oportunidades para espacios de reflexión, creación y recreación de la historia.

#### BALANCE FINAL

Tal vez se piense que las propuestas teórico-metodológicas esbozadas en este artículo resulten excesivamente ambiciosas, en la medida en que las investigaciones particulares presentarán siempre condicionamientos de abarcamiento de diversa índole, incluso en los legítimamente autoimpuestos. No obstante, habiéndonos propuesto estimular en nuestro medio una discusión teórica sobre los límites de lo que ha sido y es la difusión de la historia en Méxi-

co, nos ha parecido apropiado multiplicar sus flancos de abordaje. Incorporada a la reflexión sobre casos, creemos que esta apertura habrá de favorecer a una contextualización enriquecedora de los recortes escogidos. Presentamos así preocupaciones e intentos de resolución que, aun pareciendo asertóricos, son —más que nada— decisiones provisionales ante aquéllos.

Medularmente, lo que nos preocupó, y nos preocupa, es encarar la problemática que enfrenta la divulgación histórica, sin predisponernos *a priori* a renunciar a las múltiples respuestas, a costa de reconocer su realización en el interjuego de diversos engranes culturales.

Del mismo modo, ante un "¿Qué es la difusión histórica?" reconocido como pregunta histórica válida por ser un problema humano en sentido amplio, procuramos eludir los riesgos de la respuesta universal que acabaría conspirando contra el problema igualmente humano de su diversidad de condicionamientos y producciones.

Por último, nos ha preocupado también evitar totalizaciones del tema que acaban resultando empobrecedoras pues, al emanar de énfasis parciales —cuya parcialidad pasa inadvertida—, generalizan sobre una sola cara del prisma.

#### ABSTRACT

This article analyzes how historical diffusion has been achieved in Mexico, being part of the daily tasks of our historians. This process has been undertaken in different ways, as a result, among many variables, of the social role attributed to history over time in Mexico, the personality and political views of their authors, and the political situation at specific times. It is also interesting to note that some of the most popular writings that the lay public considers to be of historical nature, are in fact anti-historical. Nevertheless, historical diffusion has played an important role in giving the Mexican people a sense of history and an insight of their saga.

## OBRAS CONSULTADAS

AGUILAR CAMÍN, Héctor y Lorenzo MEYER

- 1991 *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México. 324 pp.

BLANQUEL, Eduardo, *et al.* (eds.)

- 1984 *Tiempo de México* (1ª y 2ª época), octubre de 1807 a junio de 1911, y junio de 1911 a noviembre de 1964, SEP, México.

BLOCH, Marc,

- 1970 *¿Qué es la historia?*, Fondo de Cultura Económica, México (Brevarios).

BOURNEUF, Ronald y Ouellet RÉAL

- 1989 *La novela*, Ariel, Barcelona.

BRAUDEL, Fernando,

- 1978 *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid.

CHARTIER, Roger

- 1992 *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona.

COLLINGWOOD, R. G.

- 1985 *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México.

CARDOSO, Ciro *et al.*

- 1978 *Los métodos de la historia . . .*, Grijalbo-Crítica, México.

CARR, E. H.

- 1980 *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Madrid, 1980.

CUÉLLAR, Luz del Carmen y Julieta PIASTRO

- 1986 *Una alternativa para el estudio del México Antiguo: proyecto para la elaboración de libros de Historia Antigua de México nivel superior* (tesis de licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras), UNAM, México.

DANTO, Arthur

- 1992 *Historia y narración*, Grijalbo, México.

DE LA GARZA, Alberto

- 1991 "El historiador, los hechos y la información", ponencia presentada en el Congreso de ADHILAC en febrero.

FERRATER MORA, José

- 1955 Cuatro visiones de la historia universal, Sudamericana, Buenos Aires.

FLORESCANO, Enrique

- 1992 "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador frente a la historia*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.

FONTANA, Josep.

- 1982 *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica-Grijalbo. Barcelona.

FUENTES, Carlos

- 1990 *Valiente mundo nuevo*, Fondo de Cultura Económica, México.

GARCÍA CANCLINI, Néstor *et al.*

- 1987 *Políticas culturales en América Latina*, Grijalbo, México (Cultura y Sociedad, Col. Enlace). 218 pp.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coord.)

- 1989 *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, Siglo XXI Editores, México.

GONZÁLEZ y GONZÁLEZ, Luis

- 1988 *El oficio de historiar*, El Colegio de Michoacán, México. 262 pp.

GURRÍA LACROIX, Jorge y Miguel León PORTILLA *et al.*

- 1978 *Las humanidades en México, 1950-1975*, UNAM, México. 802 pp.

- 1984 *La cultura nacional*, Coordinación de Humanidades/Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México. 112 pp.

HOBBSAWM, Eric

- 1983 *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.

LADRÓN DE GUEVARA, Moisés

- 1983 *Política cultural del Estado mexicano*, SEP, México. 290 pp.

LEFEBVRE, Georges

- 1974 *El nacimiento de la historiografía moderna*, Ediciones Roca, México.

LEFEBVRE, Lucien

1974 *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona.

LEONARD, Irving A.

1990 *Ensayos y semblanzas: bosquejos históricos y literarios de la América Latina colonial*, Fondo de Cultura Económica, México (Sección de Obras de Historia). 116 pp.

MARROU, H. I.

1968 *El conocimiento histórico*, Trad. J.M. García de la Mora, Ed. Labor, Barcelona. 230 pp.

MCGREGOR, Josefina

1987 *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México (Sección México), 604 pp.

1991 "Las ciencias sociales en la Escuela Secundaria", ponencia presentada en julio de 1991 (próxima publicación).

MATUTE, Álvaro

1978 *La teoría de la historia en México*, SEP, México (SepSetentas).

ORTEGA Y MEDINA, Juan

1992 "La Verdad y las verdades en la historia", en *El historiador frente a la historia*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.

RUVALCABA, Patricia

1993 "El auge de la historia en la novela: un breve recuento", en *La Jornada*, febrero 27, México.

SCHAFT, Adam

1974 *Historia y verdad*, Grijalbo, México.

VÁZQUEZ, Josefina

1973 *Historia de la historiografía*, SEP, México (SepSetentas).

VILAR, Pierre

1985 *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, trad. María Dolores Folch, 4<sup>a</sup> ed., Grijalbo, Barcelona. 316 pp.

VILLALEVER, Lorenza

1985 *Los libros de texto gratuitos*. Universidad Autónoma de Guadalajara.